

## Preguntas de Felipe González y de todos nosotros

“...creo que muchos de nosotros no prestamos la atención que había que prestar a los muchos sectores de marginalidad anarquistoide de las sociedades modernas...”.

JORGE EDWARDS

Para los chilenos que hasta ahora habíamos sabido convivir y, sobre todo, para los que estamos orgullosos de nuestro Estado de Derecho de hoy y de ayer, las preguntas del expresidente español Felipe González publicadas en la prensa de estos días, sobre las razones de los fenómenos de violencia recientes en Chile, son coherentes, vigentes, apasionantes y nos exigen una respuesta.



Yo vivía en España en los años de la transición y sentía que se había formado allá, sin que lo comprendiéramos, un consenso muy amplio sobre la posibilidad concreta, necesaria, de que España se integrara en profundidad a los mundos democráticos, modernos, que se habían creado en sectores importantes del occidente europeo y hasta latinoamericano. Es decir, creíamos que España debía dejar de ser diferente del resto de Europa. Llegado el momento comprobamos que Felipe, al igual que Adolfo Suárez, pensaba en una España moderna, incorporada a Europa, con crecimiento económico, equidad social y fuerte presencia de la cultura hispánica. En otras palabras, era la España de José Ortega y Gasset, de Pío Baroja, de don Antonio Machado, y del filósofo actual Fernando Savater.

Muchos chilenos de las décadas de los sesenta y los setenta apostamos a eso, y me parece que somos los mismos que detestamos la irracionalidad rabiosa que se ha manifestado en el Chile de ahora. De lo que nos habla el expresidente González es de formar espacios de convivencia democrática y civilizada. Creo que muchos de nosotros no prestamos la atención que había que prestar a los muchos sectores de marginalidad anarquistoide de las sociedades modernas. Fue un error de partida, pero son errores que debemos examinar por todos lados y de los que tenemos que sacar las conclusiones correctas.

Alcancé a sentir en el mismo estudio privado en el que pergeño estas líneas el olor a quemado de incendios cercanos y la acritud

del gas lacrimógeno. Será el dolor mayor de estos días de mi última vuelta del camino (para no olvidar a don Pío).

Los pasos preliminares para alcanzar una nueva Constitución chilena no me deprimen y me dan ilusión y esperanza, ambas al mismo tiempo. La cojera de base de la Constitución anterior, la de 1980, consistió en haberse gestado durante el pinochetismo, sin registros electorales y un mínimo de rigor institucional. El hecho de que esa Constitución fuera muchas veces reformada en el período presidencial prosocialista de Ricardo Lagos no bastó para liberarla de ese vicio de origen. Los disturbios de estos días no son ajenos a ese vicio original (para no llamarlo “pecado original”).

La redención institucional en política no es fácil y eso lo sabemos hace bastante rato. Estuve en Madrid durante las ceremonias por la muerte del expresidente Adolfo Suárez y ahora siento que eran ceremonias de redentorismo, fenómeno que en esta parte del mundo no hemos conocido. El gas lacrimógeno y los incendios recientes son consecuencia de pecados políticos originales no correctamente redimidos. Y las transiciones, por muy eficientes que sean, tienen el deber de llegar a un nivel moral digno de verdaderas redenciones. Es debido a eso que los crecimientos sin la necesaria equidad y sin elementos de fondo de justicia social pueden desembocar en insólitos reventones callejeros.

Escuchaba las incessantes sirenas policiales y bomberiles y leía la vieja traducción publicada por Taurus de un formidable ensayo de Isaiah Berlin sobre el romanticismo. De dónde diablos sale esta furibunda exaltación del espíritu destructivo, me preguntaba a lo largo de esta lectura, y encontraba explicaciones parciales, pero fuertes, en Novalis, en Byron, en Mary Shelley y en gente de esas vecindades mentales.

Nuestro Diego Portales, tan reivindicado por el general de Ejército Augusto Pinochet, actuó con una furia que se podría bautizar como byroniana. Lord Thomas Cochrane, héroe naval de las independencias de Chile y del Perú, fue capaz de pasar a cuchillo a toda la tripulación de un barco del enemigo imperial español en la entrada de la bahía virreinal

de El Callao.

Los políticos moderados e ilustrados de ahora son herederos de gente de otra naturaleza: gente como Michel de Montaigne y como Diderot. Los miristas de ahora, por su parte, son herederos directos de las mujeres jacobinas, desmelenadas y desdentadas, que tejían calcetas a los pies de la guillotina. Chile, por suerte para todos nosotros, tuvo a su Andrés Bello, venezolano y caraqueño, y la política de años recientes tuvo a gente de mentes equilibradas como Adolfo Suárez, Ricardo Lagos y Felipe González. Ver el romanticismo con la mirada de Sir Isaiah Berlin es un antídoto de la mayor eficacia. Hay que saber elegir entre el punto de partida de un Michel de Montaigne, o el de un muy ilustre tocayo suyo, Miguel de Cervantes, y, en cualquier caso, por si las moscas, poner las barbas en remojo.

En el Chile de hoy nadie sabe si los desórdenes van a recomenzar esta misma noche o mañana en la tarde. Yo apuesto por la calma recuperada, después de haber leído las respuestas en la prensa del expresidente González, y después de haber cerrado el contundente ensayo de Isaiah Berlin sobre “las raíces del romanticismo”.

La exaltación romántica tenía un parentesco de espíritu con la locura que atribuyeron los clásicos griegos a la inspiración de los poetas mayores, a quienes, como dijeron los pensadores más eminentes, había que escuchar, celebrar, coronar de laureles, y colocar fuera de los muros de la República.

Los republicanos chilenos, argentinos, uruguayos, peruanos, callamos y confiamos en pasar la noche próxima en dormitorios y salas de estudio y de lectura sin olor a quemado y sin restos de vapores de gas lacrimógeno. El silencio es favorable, no hay sirenas bomberiles, y vemos que la brisa, ya casi otoñal, mueve con suavidad las ramas de los abedules y de las araucarias. Las sirenas de los carros de la policía y de los bomberos cesaron y las fosas de la Quinta Vergara de Viña del Mar han empezado a llenarse con los músicos del Festival anual de la canción que se ha celebrado en estos días de verano. Solo son signos y a todos nos conviene interpretarlos bien y preparar respuestas sólidas y convincentes.